

con nuevos ojos a raíz de su curación. En otras palabras, quedó tocada por el misterio del Maestro; tuvo su encuentro con él; se identificó con su causa; asumió que el cambio no es sólo exterior, del cuerpo, sino la actitud total que compromete la vida y cuanto conlleva. ¡Esa mujer... es tan auténtica, tan entera y tan mujer o tan ella misma que nos obliga, a varones y mujeres, a serlo al cien por ciento y a cambiar con su propio cambio, con la ternura de su feminidad y el encanto de su entrega a Jesús y a su causa, a su persona y a su comunidad.

Finalmente, el Cuarto Evangelio anota que ella recibió una última comisión de Jesús ante sus apóstoles: ir a notificarles que subía al Padre (Ascensión), mismo que ella tradujo, conscientemente con su: “*¡He visto al Señor... [y lo que le dijo]!*” (20,18).

Por supuesto que un mensaje y lenguaje así no dejaron dormir a más de uno en la antigua tradición y más de uno trató de aplacar su feminismo y su demasiada presencia junto a Jesús en los momentos que - consideraban - capitales para la fundación de la Iglesia y que, en consecuencia — a su modo de ver — causaban ciertas dudas. Por ello que trataron de aplacar y opacar su figura, aunque quizá no tanto por los motivos sexuales por los que gente como Benítez (Caballo de Troya), Dan Brown (Código da Vinci) y los *History Chanel* tratan de explicar su cercanía a Jesús. ¡Cómo si sólo el aspecto sexual fuera el único válido y posible; y como si no hubiera entre varón y mujer más relación... que la del cuerpo!

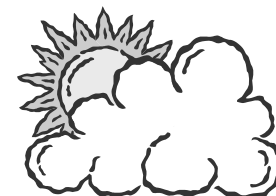
Magdalena es grande por ser una auténtica mujer en todo el sentido de la palabra; por no competir con el varón; por hacer sólo su parte en el juego de la vida y de la comunidad; por ser ella en sí misma y sin adornos, ni cargos de más, ni puestos fuera de lugar. Ser mujer no es ninguna desventaja ante el varón sino su mejor carta de presentación y de grandeza, de status entre humanos y de identidad, de realidad ontológica y de proyecto divino-humano.

Congreso de Educación Religiosa. Los Ángeles, USA, 2018

MAGDALENA ¡QUÉ MUJER...!

Congreso de Educación Religiosa. Los Ángeles, USA, 2018

A. Tomás Parra Sánchez
Tel: (55) 5842.2360
pahe2001@prodigy.net.mx



¡Cómo debería simpatizarnos esta gran, entera y bella mujer, tan cercana a Jesús y tan identificada con sus ideales, propuestas y horizontes! ¡Cómo debería agradarnos su solo nombre, el gusto de pronunciarlo, el eco que debería crear en nuestros sentimientos... y descubrir el enorme respeto que tenía hacia el Maestro Jesús al que su persona nos remite!

Deberíamos sentir que al decir su sobrenombre “Magdalena” solo estaríamos repitiendo lo que Jesús comprendía y entendía como “¡mujer!” Si su madre María fue el primer nombre que pronunció y a quien buscó en tantos momentos de su infancia, el de María Magdalena le llenaba el corazón de esa dulzura que sólo una mujer de su tamaño puede dar a un varón, puesto que éste no lo es por cuanto aparenta, sabe, puede o tiene; ni siquiera por quien lo acompaña, sino por la Mujer que lo vuelve y lo hace ser él mismo. Y nos referimos al afecto y amistad de verdad, al cariño que eleva, a esa intensidad afectuosa que provoca reacciones nobles, precisas y efectivas entre lo humano y lo divino.

Esta mujer las evoca todas... El ruido que dejaron varios escritos apócrifos, entre los antiguos, y las dudas con que la ven muchos contemporáneos no disminuyen el peso específico ni la grandeza de esta maravillosa mujer, “Ella”, *María Magdalena*.

Los textos evangélicos que hablan de ella... todos, al unísono, dejan entrever una especie de piropo literario, una memoria agradable y una sensación de cercanía de esta mujer a Jesús como ningún otro personaje, incluido Pedro, dejó entrever.

Por lo mismo, nuestro primer trabajo consistirá en hacer un lento repaso de los textos de los evangelios en que aparece su nombre con más nitidez y fuerza; y, luego, rescatar cierto trasfondo que la tradición ha querido como ocultar por esta o aquella razón. ¡Como si pudiera ocultarse lo obvio!; ¡Como si se pudiera pasar por alto y con desinterés lo evidente!; ¡Como si pudiéramos deshacernos de un plumazo de esta figura histórica al lado de Jesús que resalta su “*humildad*”, es decir su humanidad, su cercanía a lo terreno y a esa realidad que confesamos una y otra vez como dogma de fe: que Jesús, aunque Dios, también es **enteramente humano**, puesto que lo humano es tan válido a los ojos de Dios que hasta Él mismo quiso participar de esta grandeza humana, a la que no siempre entendemos y a la que, con mucha frecuencia, renunciamos por buscar “*un no sé que de más digno*” allá en las estrellas más que el proyecto de Dios en esta nuestra tierra!

Los primeros pasos que daremos aquí son tres:

- a) El entorno cultural del siglo primero, diverso del actual;
- b) El texto, contexto y pretexto en que se habló de esta mujer
- c) Las propuestas evangélicas (tipología, símbolo) de quienes escucharon el mensaje por primera vez y los ecos con que nosotros volvemos a escucharlo hoy.

a) **El entorno cultural** siempre es de interés para no falsear la propuesta de un autor antiguo ni el sentido que dio a su palabra o a su texto. De esto nos previene muy bien un documento del Concilio Vaticano II al referirse precisamente a los evangelios:

“Los autores sagrados compusieron los cuatro evangelios escogiendo datos de la tradición oral o escrita, reduciéndolos a síntesis, adaptándolos a la situación de las diversas Iglesias, conservando el estilo de proclamación. Así nos

tro y se seca sus lágrimas. El arte es el culpable... y la tradición eclesial que vio en Magdalena un “*cierto peligro*” de que la gente, los fieles, perdiesen el respeto, y dejarasen entrever un gesto tan amable y generoso como el del Resucitado Jesús *abrazando a una mujer*... ¡y menos de la calidad de Magdalena... a la que ya se le venía echando polvo, tierra, mala fama y hasta confusión al acercarla a las otras damas evangélicas citadas arriba.

El Evangelio copto de Tomás

Este escrito apócrifo cita en su último “Lógion” o Palabra secreta de Jesús (dicho 114) lo siguiente: “*Simón Pedro les dijo: ‘Que se aleje Mariham (= Miryam) de nosotros, pues las mujeres no son dignas de la vida’. Dijo Jesús: ‘Mira, yo me encargaré de hacerla varón, de manera que también ella se convierta en un espíritu viviente, idéntico a ustedes, varones, pues toda mujer que se haga varón (quizá: “que sea misionera, apóstol, evangelizadora o que complementa a su varón...”)* *entrará en el reino de los cielos’*”. En otras palabras, a mediados del siglo II (tiempo al que se hace remontar ese texto), Magdalena ya hacía ruido, ya comenzaba a causar cierta duda o cierto resquemor entre los ministros; pero, a la vez, se seguía conservando la idea de su puesto preeminente entre los discípulos de la primera hora: la gran apóstol de los apóstoles que, luego, se le atribuyó a la Virgen María en las Letanías como “*Reina de los apóstoles*” (Cfr. Hechos 1,14).

Pero sin ir tan lejos, esta María, estando de pie junto a Jesús resucitado, ha sido magníficamente representada en el cuadro de la Magdalena cercana a la Anástasis, en Jerusalén. El autor del bronce la colocó de pie desafiando a la tradición; y la Iglesia la ha acogido como tal (no la de ciertos ministros temerosos, casi misóginos, sino la de un clero eclesial contemporáneo y abierto). Esa María, de pie, no es la rendida y sumisa a los pies de Jesús, sino la que lo acoge y acepta vivo, vivito, viviente, en vida.

Esa mujer es maravillosa por cómo aceptó su realidad y cuanto había sido hasta encontrarse con Jesús y cómo decidió ver todo

la presencia de otros... La voz le era muy familiar. Siempre la había llamado así y nunca por su apodo de “*Magdalena*” (¿La de Magdala, La Alta, La Recia o La Dura... la de la casa como torre?). Simplemente *Miryam*... ¡el primer nombre humano — y de mujer — en boca del resucitado! ¡Ella...! ¡Mujer...! Esto evoca Génesis 2,23: “*¡Esta sí es como yo, mi otro yo, alguien como yo, un ser humano en forma de mujer!*”

Los mariólogos entran en acción y suponen que ¡“sin duda” el Resucitado se apareció en primer lugar a su madre María, si aún vivía, *pues convenía*...! La tradición de los evangelios es diversa a lo que opinan los mariólogos y no supone, sino sólo afirma: Jesús resucitado tuvo qué ver con esta mujer sensacional, única, cercana... La conocía, pero no al estilo común, por fuera, por encima, por el sentimiento, por la sensación, por los sentidos o por el cuerpo... sino por su identidad misma, por su autenticidad femenina, por ser quien había sido y era en ese momento: de una pieza, sensata, sin perder lo sensitivo ni lo sensible.

La última escena del Evangelio de Juan es como la del encuentro de dos amantes de verdad, tiernos hasta las lágrimas, con el corazón a flor de piel; ... plenos, ambos: él y ella. Quizá ella, estaba abrazada a sus pies, y él tocándole su cabello, siempre y cuando ella estuviese arrodillada y él, de pie. ¿O no será, quizá, que los dos estaban de pie: abrazados, enteramente entregados después de una larga separación como la distancia que hay de la muerte a la vida o a la vida que da el encuentro después de creérsele definitivamente muerto? ¿A quien - en tiempos posteriores y desde el arte - se le habrá ocurrido dibujar a María arrodillada como la pecadora de Lucas o la María de Betania de Juan? El texto del cuarto evangelio dice sólo que ella “*se inclinó...*” para ver qué había dentro; y en el cuadro siguiente: “*que se volteó, que se volvió, que miró o sobre el hombro o para atrás*” (Jn 20,14-16). Estando junto a una tumba - y todavía menos junto a las antiguas - uno está de pie más que de rodillas. Uno está pendiente, monta guardia o, a lo más, solloza con los brazos cruzados o se tapa el ros-

transmitieron siempre datos auténticos y genuinos acerca de Jesús” (Constitución dogmática Dei Verbum, Núm 20)

b) **Texto** puede ser cualquier cosa; por ejemplo, el tema del que se habla. **Contexto** es el lugar que ese “tema” ocupa entre el resto de las palabras que la rodean; y “**pre-texto**” es la razón que llevó al autor a escribir del modo en que lo hizo.

c) Cada evangelista **propone y acomoda su mensaje** a un tipo de comunidad. Los antiguos usaban tanto el símbolo como el tipo o figura. Con ellos pretendían ir más lejos y no quedarse en el simple reportaje de “*datos pelones*”, como nos gusta hoy.

Pasemos ahora a los datos evangélicos.

Lucas

Reporta un texto en que María Magdalena aparece junto a otras mujeres que acompañan a Jesús (8,2). Se le cita encabezándolas a todas ellas. Esto es suficiente para señalar el peso que tal autor (¿o autora?) quiso dar a su figura, a la que califica - entre las demás - como curada por Jesús “... *de espíritus malignos y de enfermedades*”. Si tomo el texto al pie de la letra el giro es bímembre, y parece una “*endiadís*” (una realidad vista o expresada con dos elementos y equivalente), algo así como: “*espíritu malignos y enfermedades*” que sintetizan una especie de “mal permanente”, un estado continuo o la situación ordinaria de una persona más que un mal pasajero. Es algo así como: un “*estar fuera de sí*”, un sentirse y “*estar muy enferma*” o “*enferma de verdad*”, “*una enferma crónica*”, una “*enferma incurable*”...

Pero lo bonito es que se reporta la situación al pasado y no como algo presente. Jesús ya las había curado a todas ellas y todas lo seguían, agradecidas, enteras, sensibles, creyentes, decididas a quemar sus bienes y sus vidas junto a ese varón maravilloso que las reintegró a la vida social, a la comunidad, al entusiasmo por la vida, permitiéndoles ser ellas mismas... ¡*sólo mujeres de verdad!*

El nombre “Magdalena”

El calificativo de “Magdalena” es interpretado por muchos como “procedencia de la localidad de Magdala, sitio de Galilea, junto a Cafarnaúm” (término que procede del hebreo *Migdál* = torre).

¿Por qué interpretar “*Magdalena*” solamente como “michoacano”, “tepiteño”, “chilango”? ¿Quizá se trate del apodo para una mujer alta, superior a la estatura media; o quizá se deba a su aplomo o carácter, a su seguridad y temple y entereza ; o bien a la casa de dos pisos que tenía y que parecía una torre! En suma, esta gran mujer, estuvo enferma, muy enferma... pero ya no lo es más.

Hagamos una suposición.

Veámosla vivaracha, joven, atractiva y guapa (sin llegar a ser una “*Miss Universo*”), de clase media... tal vez con alguna huella de un “*mal anterior*”, visible aún en su estatura corporal, en su situación flacucha, en alguna cicatriz o en la coloración de su piel, pero que no quita nada a su mirada atenta y penetrante, vivaz y serena, ni a su rostro casi sonriente pero sin llegar a ser declaradamente risueño, que no añade nada a su porte elegante (no presumido) y delicado, sin mostrarla altiva. Esa Magdalena anda en los 25 años y no está casada ni ha sabido del amor en pareja por su estado enfermizo anterior, pero la experiencia del dolor pasado la hace parecer un poco mayor (de unos 30) y la ha vuelto un poco contenida, pero sin llegar a causarle un rostro amargo o silencioso. Su mirada me parece simplemente serena, tranquila, apacible, cargada de esperanza y que deja ver su alma en unos ojos bien abiertos y en la grandeza de su corazón cuando se trata de abrir la bolsa para compartir lo que posee. No ha perdido ni su porte ni su palabra sonora y dulce. Es medida, pero comedida. Se inquieta por cuanto pasa en derredor suyo y toma postura decidida ante cada situación. Le sobra dinamismo. Luego de curada por Jesús, ha decidido seguirlo, esto es: estarle cerca y, si se puede, junto; hablarle, dialogar, pedirle cómo ve ciertas leyes y situaciones religiosas; y también, si le gusta esto o aquello o que ella misma ande por ahí y que lo atienda...

ce de verdad y no simplemente recita un papel. Y cuando se ama después de creer haberlo perdido todo y se recupera lo perdido... el corazón se rasga y no hay etiqueta ni comportamiento que se controle... sólo emoción, sensibilidad, sentimiento, afecto.

Evidentemente, el “*sentir*” tiene gradaciones que van del di-sentir o no ir de acuerdo hasta el con-sentir como una consecuencia del percibir, tocar y palpar un objeto o persona; y a la manifestación externa o epifanía de lo que la persona siente dentro de sí misma, de lo que es en ese momento, de lo que quiere y sabe. Sentir, a veces, se refiere al experimentar físicamente una reacción corporal frente al dolor, la presencia o ausencia de alguien. En tal caso puede ir del agobio a la extrañeza; y del dolor físico al espiritual, o sea: a doblar y aplacar la seguridad interna de alguien, de su fe y su esperanza, de todo su ser.

Aquí nos encontramos a una Magdalena conmovida hasta las cachas y a Jesús, otro tanto. ¿Por qué ella fue la primera en ver al Resucitado? “*El Jesús*” de Lucas ya lo había dicho: “¡... *Amó mucho*...! Y cuando se ama de verdad... no se puede sino recibir amor a cambio.

Con esta Magdalena debemos quedarnos: con la mujer que se sale de sí misma, que no tiene remilgos en andar sola cuando sus intereses reales y únicos están en juego; cuando habla con varones y defiende su causa, la causa de él, su Señor; cuando se enfrenta a riesgos y cuando decide con el corazón, quizá antes de consultar la mente. Es inmediata, no fácil; impetuosa, no irracional; expresiva, pero sensible y atenta. Se trata de una mujer sensacional a la que no podemos reducir a calificativos sino que simplemente impacta con sus decisiones, con su presencia y toque sensibles, ardorosos y ardientes cuando cree caerse el mundo, y lo defiende con las uñas. El cuerpo de Jesús es suyo y no le importa ni calcula a donde haya que ir por él. Dígasele en donde está... irá por él. Y luego... su rapidez: le bastó oír su nombre para perder la compostura, la etiqueta, el velo que se le cayó,

Al final, el evangelista nos ofrece un par de pinceladas mayúsculas y maestras en dos solas palabras: por una parte, la mención del nombre de la mujer (*¡María!*); y, por la otra, el reconocimiento de parte de ella no de Jesús, sino de la función que ella siempre le reconoció (Rabboni = mi Señor), mezclada a su dejarse ir o en el gesto de abalanzarse a sus pies que la tradición le reconoce o en el abrazarlo.

Este texto es de lo más bello, humanamente hablando: sólo dos palabras, y una de cada lado. Una, en boca del Resucitado ¡el llamar por su propio nombre a una mujer: ¡el primer nombre de un humano en boca del resucitado! Y otra, en labios de Magdalena, con el reconocimiento automático del volverlo a encontrar!

¡Así son los encuentros, los reales, los auténticos, los efectivos y afectivos! No requieren mucho diálogo. ¡Basta una palabra, la central, la decisiva, la que debe decirse justo ahí, en el momento oportuno y la que desata los sentimientos de un varón hacia una mujer! ¡Una palabra de él y una respuesta de ella... fueron suficientes para revelar la realidad de cada uno! ¡Bastó una palabra... para para que cada uno manifestara su, realidad, su esencia!

Aquí el relato se suspende. Todos suponemos que Jesús le dice: *“No me toques”*, porque así lo leemos en el texto original Pero debemos explicar que, en realidad, el texto deja entrever otra cosa: el Rabboni, el Resucitado, se ha dejado abrazar por esta humana; y sólo luego de un dejarla manifestar su emoción, llega su sutil y pausado *“¡Ya... (Miryam)! ¡Puedes déjame! O bien: “Está bien, Miryam, soy yo, pero ya deja de abrazarme y de retenerme porque tengo que volver al Padre...!”*

Pero aquí no bastan las palabras, sino hay que interpretar el gesto y el momento. Un varón y una mujer no actúan así. El abrazo en tales circunstancias es más significativo, sensible, cercano y amoroso. Si le abrazó los pies, se los besó también, se los apretó, se los mojó de lágrimas. Cuando una mujer se deja ir... lo ha-

La tradición del segundo siglo siguió respetando su figura y nombre, pero acabó volcando en ella cierta animosidad y hasta sus confusiones al equipararla a otra dichosa “adúltera” que cita el Evangelio de Juan (8,1-11); y (*¡cosa bien extraña...!*) a la misma pecadora que el evangelista Lucas cita precisamente antes de hablar de ella, de Joanna y de Susi (Lc 7,36-50). Pero peor resultó la confusión que vino luego, al identificársele, por el solo nombre, con la otra María, la hermana de Lázaro y de Martha, los amigos que Jesús tenía en Betania, tierra de la amistad, cerca de Jerusalén (Lc 10,38-42; Jn 11,1 - 12,8).

Cierto que Magdalena era cercana y cariñosa con Jesús: lo sabía escuchar con ternura y con sus grandes ojos, siempre atentos a los nuevos giros con que el Maestro Jesús enseñaba a reinterpretar la Escritura y a captar nuevos mensajes. Y ese cariño se lo reconocieron todos, cuando andaba con Jesús y los apóstoles y luego, desde aproximadamente el año 70 cuando comenzó a escribir Marcos su relato; y, posteriormente, en la década siguiente, cuando escribieron Mateo y Lucas al relatar y retocar, cada uno a su manera, las tradiciones sobre la resurrección y muerte de Jesús (Mc 15,40; 16,1-11; Mt 27,55-56; Lc 23,35; 24,1-11).

Juan,

En su evangelio, llamado también “Cuarto Evangelio”, fue Juan, sin pena y con profundidad, quien mejor la retrató. Para este evangelista, María Magdalena es citada en tercer lugar, al pie de la cruz de Jesús, luego de citar - sin nombre - a la madre de él (quizá más bien *“imagen de la Iglesia”*), a la esposa de un cierto Cleofás y, en último lugar a esta mujer (19,25-27). Si la primera es María, su madre, el evangelista está citando en el orden: a la mujer más cercana que le ha dado la vida; a su tía, la segunda María, esposa de Cleofás y, por lo tanto, a otra familiar que apoya a su madre; pero la tercera, aparece aislada y es citada por nombre y apodo - o como todos la llamaban - *“María Magdalena”*, como para distinguirla bien y para que no hubiera duda sobre su persona, figura y mensaje.

Sin embargo, el relato sublime llega con ocasión de la narración del Resucitado: solamente María fue a la tumba en busca de Jesús. Como si no hubiera podido quedarse con las ganas... ¡tal era su cariño, su pasión y fuego interno por Jesús!

Fue la primera en notificar sobre la tumba vacía y sin puerta a Pedro y al Discípulo Amado (Jn 20,1-2), tal vez traicionando que estaa en compañía de otras mujeres con su “*No sabemos en dónde lo han puesto*” o escudando en él su aislamiento, para no comprometer su búsqueda.

Esta Magdalena es atrevida, decidida y arriesgada

- Comparte el fin de Jesús, su muerte, junto a sus parientes más cercanos (si las dos anteriores eran madre y tía, real y respectivamente);
- es la única que no pertenece directamente a la familia del ajusticiado, pero la que representa bien a todas sus seguidoras;
- Se presenta como la más ferviente, tesonera y fiel;
- Nunca esconde sus sentimientos hechos presencia, al querer y el amar ahí... En donde y cuando hace falta;
- Siempre está con la mirada limpia, amorosa y llorosa... cuando se le requiere;
- No disimula su ternura visible, sensible, palpable y evidente en sus modales de acercamiento a Jesús, al que acompaña, y sigue hasta su tumba... casi como queriendo sustituir, si pudiera, al objeto de su dolor.

Sin querer culpar a los marianistas o a los devotos de nuestra Madre María, los podemos acusar de sesgados y unilaterales: ¿por qué sólo se fijan en la madre de Jesús y no en las otras dos mujeres: la tía y Magdalena? ¿Por qué sólo ha de hablarse del dolor de María (o de los Siete Dolores de la Dolorosa) y no del dolor similar, de las otras dos mujeres? ¿Por qué las dichas “*Tres Marías*” de la devoción popular no son resaltadas ni puestas a consideración de los fieles como una especie de triade o

trinidad humana que refleja la Trinidad divina ahí precisamente, en donde la vida humana encuentra su solución definitiva y se abre a la nueva vida anunciada por el Cristo que muere para resucitar?

Luego viene el relato cumbre (Jn 20,11-18), al final, como en todos los relatos que culminan con apoteosis.

El relato presenta a una mujer auténtica y muy amorosa con Jesús: llorosa por haberlo perdido doblemente: en vida y hasta en cadáver (“Se quedó junto al monumento, fuera, llorando”). El texto es lacónico y denso. Se llora cuando ya se ha perdido a alguien o cuando, aún vivo, se sospecha que puede sobrevenirle una desgracia. Se preferiría casi, que me suceda a mí... y no al ser querido.

En semejante situación, el dolor es casi inconsolable. ¿Perderlo dos veces? ¡Es el colmo... al menos sus restos podrían recibir el testimonio final de su cariño: el recuerdo, la visita, el aceite perfumado; y, tal vez, las flores, como último homenaje al difunto. ¡Y ahora... ni eso!

Los dos ángeles (que entrevió parcialmente) sólo acrecientan su seguridad y así se los hace saber: “*¡Se han robado a mi Señor. No sé en donde lo han puesto!*” No le interesa si los dos personajes son los supuestos ladrones de tumbas o si el tema interesa a los apóstoles... ¡a ella sí y cómo! Lloro como si todo mundo debiera enterarse de su: “*¡Lo he perdido para siempre... mi Señor..., mío...!*”

Y otra nueva voz, diversa de las anteriores, pide la razón y el motivo de su intenso llanto; pero es más pausada... y la de ella, rápida, precisa, acusadora, tensa, desgarradora: “*¡Si tú te lo llevaste, dime en dónde lo has puesto y yo iré por él!*” (Casi como queriendo decir = *¡Devuélvemelo, me pertenece... al menos su cuerpo!, ¡Te lo compro...!*).